

El capitalismo examinado por la ética

Arthur Shenfield

El capitalismo ha sido atacado por muchas razones. Algunos lo acusan de ser un sistema ineficiente, inestable o autodestructivo en la producción de bienes y servicios. Otros dicen que es inmoral por naturaleza, puesto que premia, estimula o se sustenta en los impulsos inmorales del hombre en contra de sus tendencias morales, o que, a lo más, es moralmente neutro, contrario a las supuestas exigencias que requiere una sociedad bien constituida, cuyo sistema económico debe tener fuerza y carácter moral.

En este momento solo nos preocupa la acusación moral. Sin embargo, deberíamos destacar que entre aquellos que se oponen o que desean modificar el sistema capitalista, hay muchos dispuestos a reconocer que el sistema capitalista aprueba los exámenes de eficiencia mejor que cualquier otro sistema: sin embargo, lo consideran moralmente deficiente o repulsivo. Tienen razón al afirmar que las pruebas de eficiencia no son suficientes. La gente no permitiría que perdurara un sistema que solo apruebe los exámenes de eficiencia. Quieren sentir que el sistema es justo o, por lo menos, que no es injusto, y en esto tienen razón, aun cuando su concepción acerca de lo que es un sistema justo o injusto puede ser tan inepta o errónea que, en la práctica, rechazan la justicia y eligen la injusticia. Luego, es responsabilidad de los defensores del capitalismo demostrar que este sistema aprueba tanto los exámenes de moralidad como los de eficiencia.

Sin embargo, existe una artimaña en el concepto de sistema justo. La aplicación de la idea de justicia, de moralidad a un sistema económico, exige una definición

cuidadosa. Las normas de moralidad se aplican sólo a aquellos capaces de efectuar una acción deliberada. Así, sólo los individuos que actúan a sabiendas, ya sea en forma individual o en grupos, pueden ser calificados de justos o injustos. Un grupo, tal como un Estado, una sociedad comercial, cualquier otro cuerpo corporativo, e incluso una multitud, puede ser justo o injusto, ya que puede actuar intencionadamente. Pero un grupo tal como una sociedad¹, no puede ser justo o injusto dado que no puede actuar en el sentido en que lo hacen los grupos antes mencionados.

Una sociedad es una red de individuos, o un sistema de relaciones, y no un grupo de individuos que actúan con un propósito determinado. Es por esta razón que el término "justicia social" carece de sentido², y la expresión corriente "la sociedad tiene la culpa de muchos males", es un verdadero ejemplo de majadería y confusión. Los individuos en una sociedad pueden ser justos o injustos. Como también pueden serlo las convenciones vigentes en una sociedad, pero sólo porque ellas representan las acciones o actitudes de los individuos.

Tal como una sociedad, el sistema económico llamado capitalismo es un sistema de relaciones. Está compuesto por mercados y estos son, por definición, sistemas de relaciones y no entidades que actúan con un propósito determinado. Nuestro idioma puede inducirnos a error en este punto. Cuando decimos, por ejemplo, que un mercado determina cierto precio, empleamos un lenguaje vago para describir un equilibrio de acciones individuales, y no la acción de un grupo que actúa con un propósito determinado.

¹ Frecuentemente la palabra "sociedad" se usa, especialmente en los países latinos, para designar una firma comercial o cuerpo corporativo. Aquí no se le utiliza en ese sentido.

² Ver Hayek, *Law, Legislation and Liberty*, Vol. 2, pág. 97. "Como resultado de largos esfuerzos para buscar el origen de los efectos destructivos que la invocación a la justicia social ha tenido sobre nuestra sensibilidad moral y viendo a importantes pensadores usar la expresión sin meditarla, me he puesto indbidamente alérgico a ella, pero he llegado a sentir que el mejor servicio que podría hacer a mis semejantes, sería el hacer avergonzarse a esos pensadores y escritores de usar ese término alguna vez más".

De ello se desprende que podemos someter el capitalismo a los exámenes de la moral tomando en consideración sólo la conducta de los individuos que operan dentro de él; no debemos mirarlo como un sistema moral o inmoral en sí mismo. ¿Es compatible con la conducta individual justa? ¿Es más compatible con la conducta justa que con la injusta, o viceversa? ¿Nutre o refuerza la conducta individual justa o la injusta? Estas son las preguntas que debemos hacer si queremos someter al capitalismo a un examen de moralidad.

Sin embargo, los mercados deben ceñirse a un marco legal. Por lo tanto, sus redes de relaciones están en parte configuradas por las acciones intencionales del Estado. ¿No deberíamos entonces examinar éticamente tanto la estructura legal del capitalismo como el comportamiento de los individuos que lo componen? Esta es una afirmación plausible, pero probablemente engañosa. Pensemos, por ejemplo, en las leyes que definen la falsedad de un contrato. De una manera vaga podemos decir que su propósito es servir a la justicia. Pero esa no es su esencia. Su objetivo esencial es prevenir la distorsión de un contrato a raíz de declaraciones falsas sobre las relaciones entre las partes y, en consecuencia, optimizar la cooperación libre y voluntaria entre ellas. Por este motivo, tanto una falsedad inocente como una fraudulenta puede anular un contrato, aunque el efecto de la anulación es diferente en cada tipo de falsificación. El propósito del sistema legal sólo puede llamarse justicia sobre la base de que los acuerdos entre personas (aquellas que no sean de responsabilidad "disminuida", como en el caso de los menores), que se efectúen libres de fuerza, fraude o de falta de comprensión fundamental sobre las materias del contrato, sean justas ipso facto. Podemos aceptar esto, pero es más exacto decir que el objetivo del sistema legal es facilitar los convenios realmente libres y voluntarios entre individuos. En estos términos, el sistema legal no interferirá en tales convenios, aun cuando sus resultados objetivos pudieran ser juzgados de injustos por algunas, o quizás por todas las personas (no interferirá, por ejemplo, en la oferta de agua al hombre que muere de sed en el desierto a cambio de toda su riqueza, o en una oferta, planteada en términos similares para salvarle la vida a un hombre que se está ahogando por parte de quien observa).

i Esta visión del capitalismo como un sistema de relaciones entre agentes libres, ha sido, a menudo, criticada como extremadamente antojadiza. Muchos han afirmado que es más bien un sistema de poder. Esta visión es, naturalmente, el credo central del marxismo; no obstante, se escucha con frecuencia en círculos que claramente no son marxistas. De hecho, la representación del capitalismo como un sistema de poder es producto de la fantasía; en el caso del marxismo, constituye una fantasía que pretende desnudar la mecánica de la historia. Primero, supone que sólo aquellos que poseen los medios de producción —definidos muy limitadamente— son capitalistas. Segundo, supone que tales capitalistas, definidos de la misma manera, actúan como un grupo que tiene un propósito determinado. Tercero, supone que en el sistema capitalista los capitalistas logran y ejercen un poder predominante.

Aquellos que así piensan, imaginan los medios de producción como fábricas, plantas y maquinarias, quizás también como tierra o como dinero que están o pueden invertirse en ellos. De hecho, todos los que contribuyen a la producción, especialmente los trabajadores, son propietarios o controlan los medios de producción. Ciertamente, hay un sentido según el cual podemos limitar el término capital a los bienes tangibles que producen, pero que no son ellos mismos bienes de consumo, o el dinero que podría invertirse en ellos, tal como lo han hecho los economistas desde el comienzo de su disciplina. Pero el capital así definido no constituye el único medio de producción. Por esta razón, "capitalismo" es un término inexacto para lo que nosotros entendemos por sistema capitalista. La denominación le fue adjudicada bajo el malentendido de que su carácter estaba determinado por el capital así definido. Ahora aceptamos el término "capitalismo" porque es de uso común, para referirnos a lo que con más exactitud se define como economía libre o de libre mercado. En muchos otros casos aceptamos términos de inspiración inapropiada porque han llegado a ser de uso común.

La idea de que los capitalistas actúan como un grupo que persigue un propósito determinado está muy difundida. Sin embargo, se opone de lleno a la realidad. Los capitalistas están en constante competencia entre ellos. El observador inexperto no puede apreciarlo, tal vez porque la competencia es "imperfecta" o "monopólica", empleando los términos de los economistas, o qui-

zás porque pueden existir conspiraciones de tipo monopolístico dentro de ciertas industrias. Si efectivamente existieran tales conspiraciones y pudieran sobrevivir a la erosión de las fuerzas del mercado —lo que rara vez sucede— la competencia se daría entre las industrias. De ahí la necesidad de aquellos que sólo piensan en términos de sistema de poder de inventar la fábula del "capitalismo monopolístico". Pero el aspecto más importante del supuesto sistema de poder no es simplemente el "poder del mercado"³, sino el poder sobre el Estado y, por lo tanto, sobre la sociedad que integra ese Estado. Hay aquí una simple falla en reconocer la identidad de los mismos capitalistas. Si los capitalistas de la industria ABC inducen al Estado para que los proteja frente a las importaciones, los críticos no ven que los importadores que en este caso sufren las consecuencias, también son capitalistas. Si los capitalistas ABC obtienen un subsidio estatal, hay otros capitalistas entre quienes pagan para financiar esos subsidios. Más aún, si el sistema de poder opera a través de la dominación de un Estado-nación, los adherentes a este mito tienen que considerar al capitalismo como un sistema nacional o como un sistema de estados-naciones comerciales, en circunstancias de que es un sistema internacional en donde las naciones están interpenetradas por compras y ventas privadas. Recurren entonces al supuesto poder de las compañías multinacionales. Incluso si tal poder fuera tan real como se dice, no presentaría a los capitalistas como un grupo que persigue un propósito, como se pretende que sean, por cuanto hay evidentes conflictos de intereses entre las compañías multinacionales, aunque sólo se deban a sus diferentes orígenes.

Las reacciones reflejas de aquellos que sólo ven monopolios y poder en cada agrupación capitalista están bien ejemplificadas en la aseveración común —de la cual incluso algunos historiadores respetables son a veces culpables— de que en los primeros días de la industrialización la industria británica era un monopolio y que la decadencia de dicha industria surgió al desintegrarse ese monopolio. En realidad, nunca existió tal monopolio. Precisamente, esa fue la época en que existió la competencia más enérgica entre los industriales británicos. Desde China hasta Perú los clientes de la

³ Un término vago casi tan carente de significado como "justicia social".

industria británica disfrutaron no sólo de los beneficios del éxito británico, sino también del éxito logrado por ese país a raíz del grado de competencia que alcanzó. En los albores de la revolución industrial el gobierno de Gran Bretaña fue quien prohibió la exportación de maquinaria inglesa para el establecimiento de industrias competitivas en Europa, contrariando así el anhelo de los capitalistas británicos, quienes finalmente lograron la abolición de tales restricciones. Si hubo algo que no causó la decadencia de la industria británica fue la pérdida de un monopolio que nunca existió.

La teoría que, de manera estrecha, define a los capitalistas como personas que tienen un poder predominante dentro del sistema capitalista también se opone a la realidad. En todos los sistemas capitalistas conocidos el poder siempre ha estado disperso, tal como se espera que ocurra en un sistema de relaciones voluntarias. Incluso en el apogeo del capitalismo, cuando se suponía que Gran Bretaña estaba dominada por los magnates textiles, los del acero, y de los ferrocarriles, y más tarde, cuando se suponía que los Estados Unidos estaban dominados por los "robber barons", el hipotético supuesto poder absoluto estaba siempre restringido y habitualmente supeditado a otros poderes: al poder de los terratenientes, de los agricultores, de los pequeños comerciantes, de los trabajadores y de los consumidores.

Volvamos entonces a la visión del capitalismo como sistema de relaciones voluntarias. A menudo no se percibe su carácter voluntario. Primero, porque se cree que las diferencias en el poder de negociación significan coerción y, segundo, porque se piensa que es únicamente un sistema en el cual la conducta individual es egocéntrica o egoísta. Respecto a lo primero, es un error elemental interpretar como coerción la disparidad en el poder de negociación. Si la igualdad de poder de negociación fuera una condición de voluntariedad, habría pocas transacciones voluntarias o tal vez ninguna. Incluso el caso de dar agua al hombre que muere de sed en el desierto a cambio de toda su riqueza, es una transacción voluntaria, a pesar de que muy pocos dejarían de estimarla inescrupulosa. Inmoralidad no es lo mismo que coerción, y una transacción puede ser inmoral aun siendo voluntaria.

En cuanto a lo segundo, es importante comprender que todas las transacciones voluntarias, interesadas o

no, están dentro del ámbito del capitalismo. De ello se deduce que incluso los acuerdos de grupos comúnmente llamados socialistas —tal como varios experimentos llevados a cabo en propiedades públicas en los Estados Unidos durante los siglos XVIII y XIX, o como los modernos kibutz israelíes— son parte del sistema capitalista. Si tanto la incorporación como el retiro es voluntario, un grupo "socialista" no difiere, en principio, de ninguna otra sociedad o mancomunación de bienes o esfuerzos; y esto es así aun cuando las condiciones contractuales para el retiro sean onerosas (como en el caso de los kibutz). Una cooperativa de trabajadores, donde los trabajadores contrataran el capital y los otros factores productivos, y donde asumieran los riesgos inherentes a la empresa, sería tan capitalista como la General Motors. En Gran Bretaña, las cooperativas de consumo tradicionalmente se han considerado a sí mismas anticapitalistas y se han aliado con el partido Laborista. Y, de hecho, obviamente son parte del sistema capitalista, compitiendo libremente con las otras organizaciones minoristas dentro de la estructura legal. La diferencia esencial está dada entre el capitalismo y todos los sistemas coercitivos. Todos los sistemas socialistas con alguna importancia sustancial caen dentro de los últimos, por cuanto el socialismo generalmente necesita de la coerción para sobrevivir. Las formas de socialismo voluntario, a pesar de ser claramente parte del capitalismo, normalmente tienden a desaparecer ante la competencia con otras formas empresariales capitalistas.

Por ser el capitalismo un sistema de relaciones voluntarias, la pregunta acerca de si es compatible con la conducta individual justa no presenta dificultades.

En principio, es compatible con cualquier conducta, moral o inmoral, que adopten agentes libres, siempre que ellas no signifiquen violaciones del sistema legal.

Sobre esta base, el sistema mismo es moralmente neutro. Es un mecanismo al servicio de nuestras necesidades. El carácter moral o inmoral de nuestra conducta lo determinamos nosotros mismos y no el sistema. Podemos emplear recursos para construir una iglesia o un casino; podemos comprar alimentos para nosotros o para aquéllos más necesitados que nosotros. En todo lo que hacemos, podemos procurar satisfacer nuestros apetitos más groseros o los más refinados. Cualesquiera fueran nuestros propósitos legítimos, el sistema los ser-

virá siempre y cuando encontremos personas dispuestas y capaces de cooperar con nosotros en libre intercambio. De ahí que la compatibilidad con la conducta individual justa no constituya un problema. La pregunta que exige de una consideración mayor es si el sistema capitalista fomenta o refuerza la conducta justa más que la injusta, o viceversa.

En el curso de nuestra exposición veremos que a la luz de la verdad, el capitalismo no es un sistema moralmente neutro. Sin embargo, procedamos, por el momento, sobre la base de que es en realidad neutro en el sentido planteado en el párrafo anterior. Esto es lo que durante generaciones ha cautivado la censura de moralistas, predicadores, políticos y otro tipo de personas deseosas de modelar o remodelar la sociedad para responder a las presuntas necesidades de la justicia. Porque, según dicen, un sistema moralmente neutro debe, en equilibrio, fomentar y reforzar la conducta inmoral. Los hombres tienen instintos buenos y malos. Se esfuerzan por satisfacer sus buenos y malos deseos. Si un sistema puede servir a todos esos instintos indiscriminadamente, hará que prevalezca el mal sobre el bien, pues los malos instintos y apetitos son más fuertes que los buenos. Son más atractivos y tienen mayor ímpetu. El vicio atrae con más fuerza que la virtud; el pecado es más seductor que la rectitud. De esta manera, la neutralidad moral, se argumenta, es un velo para ocultar la inmoralidad. Más aún, mientras más éxito tenga un sistema moralmente neutro para satisfacer los deseos de los hombres, tanto peor es. Pues los hombres aprecian el éxito. Como servirá mejor al mal que al bien, el mal será la medida y señal del éxito. Y es así, como hace mucho tiempo nos dijo Carlyle, que el capitalismo se transforma en la filosofía del cerdo. Si es demasiado eficaz, permitiendo a los hombres adquirir riqueza y disfrutar del lujo, la riqueza y el lujo atraerán su admiración. El amor al dinero, raíz de todo mal⁴, será acrecentado y reforzado. Los hombres aprenderán a conocer el precio de todo y el valor de nada. En consecuencia, se nos dice con obstinación que un sistema económico

⁴ Aforismo tristemente engañoso. El Dr. Johnson fue más sabio cuando dijo que el hombre estaba pocas veces más inocentemente ocupado que cuando estaba preocupado de ganar dinero. El amor al poder es mejor candidato, y "cherchez la femme" tampoco deja de ser útil como guía.

no debe ser neutro. Debe estimular el bien e impedir el mal.

Tales argumentos son plausibles y han capturado las mentes de muchos. Sin embargo, se desintegran en su primer contacto con la realidad. Tanto las experiencias precapitalistas como las postcapitalistas los refutan. Durante siglos, en la época cristiana precapitalista los hombres fueron insistentemente impulsados a atesorar su riqueza no en este mundo, sino en el cielo; a abandonar la codicia y el egoísmo; a socorrer a los pobres, a los enfermos, a las viudas y a los huérfanos; a tratar, por lo menos, a todos los cristianos como hermanos. No obstante, el trato normal y universal de hombre a hombre, medido con nuestros patrones actuales, era en todo sentido tan inhumano que no lo podríamos imaginar si no fuera porque podemos compararlo con lo que sucede en la actualidad en los países socialistas postcapitalistas. Y los países socialistas son conspicuos no sólo por la crueldad penetrante y la opresión que en ellos existe, sino también porque reconocen abiertamente que están en proceso de construcción de una sociedad de compañeros donde no habrá codicia ni egoísmo.

Es un simple hecho histórico que el trato de hombre a hombre se hizo claramente más humano junto con el surgimiento del capitalismo. Esto fue evidente en el castigo del delito, en el trato hacia la mujer, hacia los locos, los débiles mentales, los cojos y los mancos, y en la actitud hacia la esclavitud y la servidumbre. También fue evidente en el trato hacia los trabajadores, a pesar de la propaganda seudohistórica en contra del sistema industrial primitivo. Las condiciones laborales de aquel tiempo parecen, en realidad, muy duras si las medimos con nuestras pautas actuales, aunque sólo muy excepcionalmente tan duras como han sido descritas con frecuencia. Sin embargo, el capitalismo tenía que empezar desde donde lo hizo. La revolución industrial comenzó con un milenarismo trasfondo de condiciones muy difíciles para todos, salvo para unos pocos privilegiados. Esto fue el punto de partida del capitalismo industrial y, en dos o tres generaciones, elevó el nivel de vida de la masa trabajadora y el trato hacia ella por parte de sus empleadores, a niveles que nunca habrían podido imaginar sus antecesores inmediatos.

Además, el surgimiento del capitalismo fue contemporáneo con la explosión de las obras de caridad que brotaron en los países más marcados por los principios

y prácticas capitalistas. Las labores de beneficencia patrocinadas por la Iglesia en los días precapitalistas, aunque admirables según la norma de aquellos tiempos, eran insignificantes en comparación con la cantidad de escuelas, colegios, hospitales, orfanatos, salas cunas, asilos de ancianos y demás obras de caridad del siglo XIX, sin mencionar las sociedades de la amistad y de la caridad que se crearon para enfrentar los azares de la vida, gracias a la iniciativa de las empresas del siglo XIX. Los esfuerzos por hacer obras de caridad no se limitaron a socorrer a los débiles y a los necesitados de los países capitalistas. Por el contrario, por primera vez en la historia de la humanidad, el hecho de proporcionar ayuda a las víctimas de terremotos, huracanes, erupciones de volcanes, pestes y desastres agrícolas en todos los rincones del mundo se convirtió en una norma, ayuda que sólo surgió de los países capitalistas.

¿Cómo podría haber ocurrido algo semejante si la moral neutra del capitalismo fuera un velo o, peor aún, un estímulo para los malos apetitos o instintos del hombre? Pero sigamos, por el momento, con el postulado de la moralidad neutra.

Imaginemos un sistema que positivamente busque fomentar la moralidad. Supongamos, sin embargo, que su capacidad productiva fuera miserablemente baja. Sin duda alguna, las masas serían pobres. Aun cuando no estuvieran oprimidas, la vida sería corta y el trabajo tendría un precio bajo. Inevitablemente, quienes estuvieran por encima de la masa tratarían al trabajo de la misma manera en que uno trata algo que es barato, quizás con alguna consideración, pero posiblemente con insolencia y arrogancia. Y obviamente, las masas tendrían que tolerar dicho tratamiento al no tener otra alternativa que la del hambre. En tales sistemas, las exhortaciones de los predicadores y de los filósofos no aliviarían el maltrato hacia los trabajadores. Lo más probable sería que el mensaje de los predicadores y de los filósofos instigara a los hombres a considerar su situación según la ordenanza de Dios o de la naturaleza y a aceptarla con resignación.

Imaginemos ahora un sistema moralmente neutro, pero con una gran capacidad productiva en constante crecimiento. Inevitablemente, las masas treparían la escala del progreso. Una simple operación aritmética indica que la mayor parte de la riqueza producida iría en su beneficio. No necesitarían venderse barato ni tolerar

la insolencia y la arrogancia. Quienes requieren de sus servicios descubren que es necesario y a la vez natural y habitual tratarlos con respeto. Sin ser la meta real del sistema, el trato de hombre a hombre se hace humano.

Podemos apreciar el progreso de este desarrollo en todos los aspectos de la vida, pero el trato hacia los empleados domésticos resulta un ejemplo especialmente ilustrativo. Mucho después de la abolición de la servidumbre, cuando todos los hombres quedaron en libertad para abandonar a sus amos, los sirvientes eran abofeteados, golpeados y obligados a dormir en cuevas y escondrijos porque no tenían una alternativa mejor. Nadie necesita que se le diga con qué respetuosa e incluso servicial consideración se debe tratar hoy en día a los sirvientes si es que se quiere conservarlos en servicio. Carlyle podía asumir una actitud arrogante con respecto a la moral desdeñando la "filosofía del cerdo", pero, afortunadamente, la situación imperante en su casa en Chelsea estaba bien documentada. Su empleada dormía en la cocina, donde trabajaba todo el día, o bien debajo de la escala, y al igual que otros de su época, Carlyle consideraba que ésta era una situación normal⁵.

En aquel tiempo, el capitalismo era un sistema incipiente; no obstante, ya había alcanzado una etapa en la cual el maltrato a los empleados domésticos estaba superado. Poco después de la época de Carlyle, la costumbre de hacer dormir a los criados en cualquier rincón o escondrijo, e incluso en áticos o desvanes, fue abandonada.

Supongamos ahora que las transacciones voluntarias constituyan la regla básica del sistema que aparenta ser moralmente neutro. Tal como nos dijo Adam Smith, no es gracias a la benevolencia del carnicero o del panadero que contamos con nuestra comida. Nuestro propósito es llenarnos el estómago, o tal vez el de alguna otra persona a nuestro alrededor, pero no podemos hacerlo sin tomar en cuenta la voluntad de nuestro carnicero y de nuestro panadero. ¿Dónde hemos encontrado jamás una fuerza más perentoria y constante que nos haga tratar a nuestro prójimo con respeto, por egoístas que sean nuestros propósitos? Al mismo tiempo, a excepción de unos pocos que podrían obtener su comida

⁵ Los personajes de Dickens, como su empleada para todo servicio, también llevaban una existencia subterránea.

robando o esclavizando a otros, siempre y cuando no se les impidiera, todos obtenemos mayor abundancia de comida de esta forma y los carniceros y los panaderos satisfacen mejor sus propias necesidades.

Esto nos introduce en el cambio más fundamental experimentado por la condición humana desde el nacimiento de nuestra especie. El hombre siempre ha deseado ser rico, cualesquiera sean sus preceptos religiosos.

Hasta la aparición del capitalismo, la manera más efectiva para hacerse rico era subyugando a los hombres o apoderándose de la tierra. La sumisión, como consecuencia de la conquista de territorios, de la esclavitud o de la implantación de la servidumbre eran experiencias habituales entre la mayoría de los hombres.

Es cierto que la actividad comercial estaba entrelazada con todo esto, tal como lo demuestran los mercados de esclavos y el comercio de esclavos existentes entre los siglos XVI y XVIII, pero el comercio rara vez o quizás nunca fue un medio tan amplio y seguro para lograr riqueza en los tiempos precapitalistas como la subyugación de los hombres y la apropiación de tierras. Incluso los Estados mercantiles más exitosos, tales como Venecia y Genova, necesitaban combinar las conquistas de terrenos con el comercio. El capitalismo fue el primer sistema en la historia de la humanidad que sometió el deseo de enriquecerse al suministro pacífico de la abundancia. Este constituye el cambio más notable y beneficioso en las relaciones humanas de todos aquellos que trajo consigo la revolución industrial.

Que fue esencialmente pacífico lo demuestra la enorme expansión del comercio y de la inversión entre los habitantes de los países desarrollados que se encontraban en paz, aun cuando el afán precapitalista de obtener riqueza por medio de la guerra y la conquista sobrevivió en el espíritu de los gobiernos hasta mucho después de haberse convertido en anacronismo⁶. Además, mientras el capitalismo mercantil comenzó sirviendo principalmente el consumo de los ricos, el capitalismo industrial se centró cada vez más en el consumo de los pobres. Las grandes fortunas ya no procedían de las sedas finas, sino de las lanas y de los algodones baratos;

⁶ Consideremos, por ejemplo, la rivalidad entre Gran Bretaña y Alemania, cuyos pueblos eran recíprocamente sus mejores clientes hacia 1914. De ahí nació la muy ridiculizada, aunque correcta y famosa, obra "La Gran Ilusión" de Norman Agnell.

tampoco de las especias y de los perfumes, sino del té, del café, del azúcar, de la margarina y de una cantidad creciente de otros bienes de consumo masivo⁷.

La riqueza no surgió de la subyugación de los hombres o de la usurpación de la propiedad, sino del aumento en el consumo y de la prosperidad del hombre. Sin embargo, como la envidia reina poderosamente entre la mayoría de nosotros, el deseo de otros hombres de enriquecerse sigue siendo objeto de nuestra crítica. Y dado que el capitalismo es el agente más efectivo para hacer ricos a los hombres, especialmente a quienes antiguamente eran pobres, su propio éxito se convierte en el blanco del ataque, en especial de aquél proveniente de los intelectuales, quienes sólo ven en el sistema capitalista un medio para ganar y para gastar dinero. Pero los hombres todavía quieren hacerse ricos. La alternativa para satisfacer las necesidades de los hombres es a través del ejercicio del poder, tal como ha sido siempre. Por lo tanto, no es sorprendente que dondequiera que hayan triunfado los enemigos del capitalismo, el resultado ha sido no sólo el menoscabo del nivel de consumo de las masas, sino también la sumisión de las mismas al estado de servidumbre por parte de la nueva clase privilegiada constituida por los gobernantes socialistas.

La frecuente falta de comprensión en cuanto a que son los efectos morales de un sistema económico, y no sus móviles (suponiendo que un sistema pueda tener un móvil) lo que tiene importancia, queda al descubierto al revisar las explicaciones que dan los historiadores acerca de las causas que pusieron fin al comercio de esclavos y a la esclavitud en Occidente. No fue la compasión lo que hizo desaparecer esa mancha en nuestra sociedad, según nos han dicho algunos, sino el hecho de que la esclavitud se hiciera menos rentable que el trabajo libre en el mundo industrial. La verdad es más compleja que esta explicación, cuyo propósito es, con frecuencia, denigrar la moralidad de los emancipadores, vinculándola con la persecución de objetivos económicos. Pero en la medida en que fuera cierta, prácticamente

⁷ Como lo he señalado en otra ocasión ("Myth and Reality in Economic Systems", Heritage Foundation, página 7) Henry Ford se hizo multimillonario poniendo a las masas en ruedas, pero Sir Henry Royce, que construyó el Rolls Royce y quien era mucho mejor ingeniero que Ford, nunca ganó un millón de libras, o incluso dólares para sí mismo.

no habría mejor recomendación para los efectos morales del capitalismo. Si el capitalismo hizo que la esclavitud fuera antieconómica, ha sido el único sistema en la historia de la humanidad en lograrlo⁸.

Pero ¿es el capitalismo moralmente neutro? Anteriormente habíamos señalado, primero, que siendo un sistema de relaciones no puede ser moral o inmoral en el sentido en que puede serlo un grupo que persigue un propósito determinado; y segundo, que como máquina al servicio de todas las necesidades que no violen el sistema legal, no distingue entre transacciones que pudieran o no tener un contenido moral o inmoral. Sin embargo, es incorrecto describirlo como moralmente neutro. Si al revisar sus características esenciales se comprueba que efectivamente fomenta o refuerza la conducta individual moral o inmoral, se puede decir que es un sistema moral o inmoral en lo que a sus efectos se refiere.

Ya hemos destacado que la naturaleza voluntaria de las transacciones capitalistas nos induce a respetar al prójimo. Tendremos que volver a este aspecto cuando examinemos los rasgos más significativos de la conducta moral de los individuos. Recordemos que hay ciertas características esenciales del capitalismo que tienden a impulsarnos a desarrollar una conducta moral.

En primer lugar, está la institución de la propiedad privada, básica para todo el sistema. Prima facie, es consecuente con la conducta egoísta o altruista, honorable o deshonorable, o con cualquier combinación de ambas. Sin embargo, es una fuerza poderosa para la formación moral. Cada vez que usamos el derecho de propiedad con diligencia y cuidado aprendemos una lección de moralidad. Apreciamos esto en el comportamiento del buen agricultor, quien tradicionalmente ha despertado nuestra admiración. También lo percibimos cuando reflexionamos acerca de las actitudes de aquellos imbuidos en lo que se llamó "ética protestante", aunque, de hecho, también existía en sociedades no pro-

⁸ En 1776 la visión más común entre los norteamericanos era que la esclavitud desaparecería gradualmente, pero la producción de gin en Whitney le dio nueva vida. También se podría alegar que el nuevo capitalismo del algodón en los estados del sur reforzó la esclavitud. Sin embargo, el desarrollo de la tecnología la habría tornado antieconómica incluso en el cultivo del algodón, con o sin Guerra de Secesión.

testantes que sentían admiración por el trabajo, por el ahorro y por la actividad empresarial. La propiedad privada ayuda a la formación moral por cuanto induce al menos a algunos propietarios a considerarla como algo que está a su cargo, aunque no sea más que para dejársela a sus hijos o a sus nietos. Y quienes así piensan tienden a atesorarla, hecho que se opone a las creencias populares en torno del consumo excesivo de los ricos y de la incidencia de la suerte o del juego. Comparemos nuestra actitud frente a la propiedad privada y a la propiedad pública. Todo jefe militar, todo administrador de escuela estatal, todo contralor burocrático conoce el descuido y la negligencia con que la mayoría de nosotros tratamos la propiedad pública. Esto es así en todas partes, pero es especialmente cierto en los países socialistas, donde gran parte de la propiedad es pública. Todo analista competente de las economías planificadas de los países socialistas informa que, además de sus otras notorias debilidades, todas están corrompidas a causa del descuido, cinismo y deshonestidad con que se trata a la propiedad pública. Todos engañan a quienes pueden, pero ponen especial interés en el fraude al Estado a pesar de los durísimos castigos aplicados a quienes son descubiertos y apresados.

En segundo lugar, existe la inviolabilidad del contrato. Hay muchos que no le tienen el menor respeto. Sin embargo, el *quid* del sistema capitalista es favorecer a quienes cumplen con sus contratos y enterrar a quienes no lo hacen. La inviolabilidad del contrato es uno de los componentes más importantes del cemento que une a una sociedad civilizada, y tiende a surgir espontáneamente en una sociedad donde se respeta la propiedad privada. Al mismo tiempo produce efectos que enaltecen el carácter de los hombres.

El capitalismo tiende a fomentar la inviolabilidad del contrato no sólo entre individuos sino también entre Estados. *Pacta sunt servanda* es un principio venerable, válido para los Estados como para los individuos. Pero los Estados adoptaron cierta medida de respeto serio, aunque reconocidamente incompleta, en sus relaciones mutuas, sólo a partir del desarrollo de las ideas sobre derecho internacional, que tenían la misma procedencia que aquellas que dieron origen al capitalismo. Sin embargo, el cambio más notable tuvo lugar en las negociaciones entre el Estado y sus ciudadanos. Es evidente que tanto en las sociedades precapitalistas como

en las poscapitalistas, los Estados han demostrado tener muy poco respeto por los derechos de sus ciudadanos o por las normas de probidad, incluso en las negociaciones contractuales con ellos. Esto se manifiesta con mayor relevancia en la historia del dinero. En la antigua historia de la devaluación del dinero, por parte de los monarcas precapitalistas y por parte de los modernos gobiernos socialistas y semisocialistas, hay tan sólo un intervalo importante: cuando los Estados impidieron la expropiación a sus ciudadanos, expropiación que dichos gobiernos llevaban a cabo abusando del poder que tenían sobre el sistema monetario. Este intervalo ocurrió en el gran siglo del capitalismo, que se extiende desde el término de las guerras napoleónicas hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial. En ese entonces, sólo los Estados al margen del mundo civilizado se permitían no cumplir con sus compromisos de crédito o defraudar a sus ciudadanos devaluando la moneda.

En tercer lugar, está la ética del trabajo. Aunque muy ridiculizada por personas que se creen superiores y que se consideran paladines de la vida cultural, o de la elegancia o de la meditación (y también por parte de los trabajadores británicos y norteamericanos, quienes se consuelan de su fracaso competitivo llamando trabajo-adictos a los trabajadores japoneses), de hecho la ética del trabajo es un agente primordial en la educación moral y en el enaltecimiento del carácter. Saber que debemos trabajar para conseguir lo que deseamos, que son pocos los bienes gratuitos en este mundo, que casi todo tiene un costo que hay que pagar, es entender la verdad fundamental de nuestra situación como seres humanos. Bajo el capitalismo todos llegan a comprender estos conceptos. En un mundo colectivista todo sigue teniendo un costo, pero todos se ven tentados, y hasta urgidos, a comportarse como si tal costo no existiera o como si ese costo fuera a ser pagado por otra persona. Este es uno de los efectos más corrosivos que ejerce el colectivismo sobre el carácter moral de los pueblos.

La moralidad inherente a la institución de la propiedad privada, que se manifiesta en el respeto por la inviolabilidad del contrato y en la ética del trabajo, es un testimonio convincente de los innegables efectos morales del capitalismo sobre la conducta de los individuos. Pero aún hay algo más profundo.

Piensen en el antiguo mandamiento que dice: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo". Interpretado literal-

mente, no es la regla de conducta más clara o la más indiscutible. No es un hecho seguro que los seres humanos sean capaces de amar a otros como a sí mismos y, cuando menos, hay dificultades para identificar a nuestro prójimo. Si todos los hombres son nuestro prójimo, nos encontramos ante el problema de tener que distinguir cuáles son los más cercanos y cuáles los más distantes en nuestras relaciones. Si tenemos que amar a todos los hombres como a nosotros mismos, tenemos que hacer lo imposible y amar a nuestro prójimo cercano más que a nosotros mismos. O, si amamos a este último como a nosotros mismos, quiere decir que sólo amamos a los demás seres de este vasto mundo menos que a nosotros mismos. Sin embargo, aplicando un poco de sentido común, podemos aceptar el mandamiento como nuestra regla de trabajo básica. Si así fuera, ¿qué lugar tienen los efectos del capitalismo sobre la conducta individual en relación con dicho mandamiento?

Amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos, •casi siempre se ha interpretado como curar a los enfermos, socorrer a los pobres, aliviar los sufrimientos humanos de toda índole. No cabe duda de que es lo que hace un buen hombre. Sin embargo, ello no cumple con el elemento más fundamental de amar al prójimo como a sí mismo.

¿Qué significa ese amor? Debe significar que uno desea para su prójimo lo que más aprecia para sí mismo. ¿Qué es lo que más deseamos para nosotros mismos? No es la satisfacción material, por más que la apreciamos, porque ella puede lograrse mediante situaciones que rechazaríamos con indignación. Un esclavo, un prisionero o un conscripto pueden tener todas las satisfacciones materiales esenciales. Cuando decimos que deseamos esas satisfacciones y en la bondad de nuestros corazones las deseamos también para nuestro prójimo, omitimos una suposición tácita, a saber, que somos libres para buscarlas de acuerdo a nuestros objetivos libremente elegidos; y si se las proporcionamos a los débiles y a los necesitados, no es a condición de que ellos se conviertan en nuestros siervos o esclavos.

Esta es la clave del mandamiento amarás a tu prójimo como a ti mismo. Lo que más deseamos para nosotros mismos, y que por lo tanto debemos conceder a nuestro prójimo, es la libertad para perseguir nuestros propios objetivos. Sólo cuando esto se da por sentado podemos hablar de prioridades como alimentación, ves-

timenta, techo y demás beneficios materiales. Como corolario de esta libertad deseamos que otros respeten nuestra individualidad, independencia y estado de seres humanos responsables. No queremos ser tratados como niños o como protegidos de nuestros benefactores, por no decir esclavos o siervos, prisioneros o concriptos, por muy generoso e indulgente que sea el trato que nos den. Esta es la moralidad fundamental que precisa y fomenta el capitalismo. Es el único de los sistemas económicos que opera sobre la base del respeto por la persona libre, independiente y responsable. Todos los demás sistemas, en diferentes grados, tratan al hombre de una manera inferior. Los sistemas socialistas, sobre todo, tratan al hombre como peón de ajedrez que se mueve al antojo de las autoridades; o como niños a quienes se les da lo que a juicio de los gobernantes les conviene, o como siervos o esclavos. Los gobernantes empiezan haciendo ostentación de su compasión, que siempre es una farsa, pero con el correr del tiempo desechan ese pretexto que ya no estiman necesario para mantenerse en el poder. Realizan todas sus acciones bajo la presunción de que saben más que nadie. En consecuencia, ellos y sus sistemas están anquilosados moralmente. Sólo el sistema libre, el tan vapuleado capitalismo, es moralmente maduro.